

# PERVIVIR EN LA OBRA

## RICARDO GULLÓN Y ENRIQUE GIL Y CARRASCO

Andrés Martínez Oria



Tomo para el título de este trabajo unas palabras del capítulo final de *Cisne sin lago*, que Ricardo Gullón dedicó a Enrique Gil y Carrasco a principios de los cincuenta del siglo pasado. Quizá lo que persigue todo artista y escritor es en definitiva el deseo de pervivir en la obra, imaginando lectores que podrían identificarse con sus sentimientos y advertir su alma aún viva y encendida.

Licenciado en Derecho y Fiscal de Audiencia, primero en Soria y luego en Santander, donde ejerció hasta 1958, Ricardo Gullón (1908-1991) se inclinó enseguida por el mundo literario como ensayista, crítico y profesor, habiendo probado antes la aventura creativa en cuentos, poemas y un par de novelas (*Fin de semana*, 1934, y *El destello*, 1948) que según Germán Gullón pueden ser más. Su andamiaje teórico es conocido, desde la inicial influencia de *Las meditaciones del Quijote*, de Ortega, a las posteriores del “formalismo ruso”, a partir de la *Morfología del cuento folklórico*, de Vladimir Propp, y del *new criticism*, teniendo siempre muy cerca los trabajos de Mijail Bajtín, Northrop Frye y Wayne Booth. Aunque prefirió un cierto eclecticismo al seguidismo fácil de cualquier escuela. Emprendedor de complejas empresas literarias, de las que no es la menor la de fundador de muchas y diversas revistas, su mirada crítica se detiene particularmente en los autores y movimientos de los siglos XIX y XX, de modo que asomarse a su inmensa producción crítica, meticulosamente inventariada por Antonio Campoamor, 1988, Ann Marie Brown, 1992, y Javier Huerta, 2010, es tener delante el panorama literario de los dos últimos siglos. Conocedor en profundidad de la literatura romántica y la novela realista del siglo XIX, estudioso de Pereda, Clarín, Galdós, el Modernismo y la invención del 98 en los inicios del XX, como de Unamuno, A. Ma-

chado y J. R. Jiménez, del surrealismo, ultraísmo y de lo que él llamaba generación del 25, en particular de Guillén, Salinas y Cernuda, su interés llegó a las promociones de posguerra y a los novelistas hispanoamericanos que, como García Márquez, dejaron los excesos experimentales anteriores y recuperaron el gusto por contar. Y no solo nos dejó Ricardo Gullón estudios teóricos fundamentales sobre poesía y novela, sino también escritos sobre arte, en especial la pintura, a lo que hay que sumar traducciones y estudios sobre escritores franceses, ingleses y norteamericanos (Artaud, Gide, Wordsworth, Henry James, Faulkner, etc.), sin olvidar lo que le fue inmediato en sus primeros años (Juan y Leopoldo Panero, Luis Alonso Luengo). Aquí habría que situar quizá su interés temprano por Gil y Carrasco, una figura considerada, creo que injustamente, de segunda fila dentro del Romanticismo español. De esto va a tratar la siguiente reflexión.

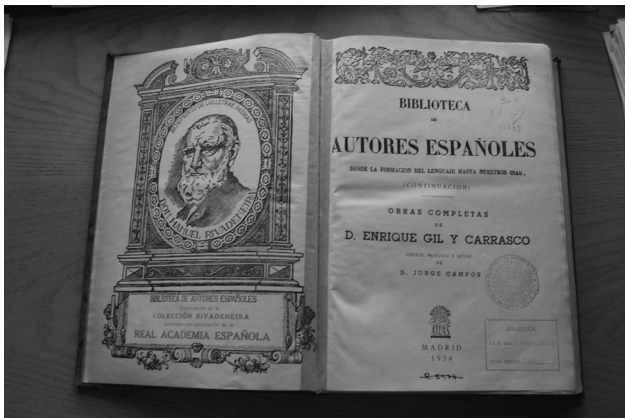
A Enrique Gil y Carrasco dedicó Ricardo Gullón tres artículos, dos de ellos breves, y un libro significativo dentro de su vasta obra crítica. Los artículos son “El poeta de las memorias”[1943], “El centenario de Enrique Gil”[1946a] y “La vida breve de Enrique Gil”[1946b]. Y el libro *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, [1951].

El interés de Ricardo Gullón por el escritor berciano se circunscribe, por tanto, a los años cuarenta y principios de la década siguiente, cuando Gullón no ha abandonado todavía su profesión jurídica y no ha tenido tiempo de hacerse con el bagaje teórico que luego acumularía. Es una dedicación de los inicios, la etapa santanderina, y sin embargo se ven ya muchos de los rasgos que caracterizan su trayectoria crítica futura: rigor, claridad y creatividad, además de esa capacidad de descubrir lo que otros no vie-

ron, de evitar lo superfluo y de afirmarse ya con voz propia.

El primero de los artículos, “El poeta de las memorias”, [1943], se extiende en la revista *Escorial* de la página 415 a 431, tratándose, por tanto, de un trabajo de cierta extensión, más analítico que biográfico, en el que Ricardo Gullón destaca el carácter bondadoso y apacible del escritor berciano, la madurez de juicio, habiendo sido tan corta su existencia, y la voz delicada y melancólica de su poesía, que publica hacia 1840, en torno a los 25 años, cuando Gil y Carrasco se mueve en los círculos de su amigo José de Espronceda, en pleno fervor romántico. Pero él lo fue solo en su poesía, no así en su vida, que transcurre en Ponferrada, Astorga y Valladolid, hasta llegar a la Corte en 1833, a los 18 años, donde vive escaso de medios y amenazado desde 1839 por el mal incurable que pondría fin a sus días tempranamente.

Aludiendo a la biografía que sobre el berciano había escrito el sacerdote astorgano José M<sup>a</sup> Goy [1924], dice Ricardo Gullón que aunque inclinado a la poesía, Gil y Carrasco escribe crítica para sobrevivir, siendo limpio en su juicio, certero y sencillo, y poniendo reparos incluso a su amigo Espronceda.



Volumen de las obras completas de Enrique Gil y Carrasco.

Ricardo Gullón acierta a ver en su poesía el sentimiento de la muerte como leitmotiv que transmite un dolor auténtico, dejando traslucir su tristeza resignada. Pero todo en él es medida, sin aquella exaltación romántica, sin lo demoníaco ni lo desesperado. Si acaso, esa ideal melancolía en una visión angelical que coincide con la de Bécquer y como él deja ver esos conocimientos intuitivos del verdadero poeta. Ricardo Gullón reconoce en Gil la primacía del sentimiento y la delicadeza como primera y más firme virtud, y luego, el desencanto de la fugacidad. Pero siempre mesurado, porque en el romanticismo de Gil pesa más la influencia del ambiente que su naturaleza escasamente romántica, no encontramos en su obra

la angustia ni la inclinación hacia lo lúgubre, a pesar de su “pensamiento de tras-muerte”, dice el crítico, y sí la melancolía, el ensueño y la nostalgia. Y aquí apunta Gullón a esa contención expresiva que denota la observación y análisis formal del texto en sí, que veremos después metodológicamente desarrollado en su actividad crítica.

Acierta plenamente al ver en “Anochecer en San Antonio de la Florida” un texto clave. Lo es en la obra del berciano, porque refleja motivos esenciales de su vida: el Sil, a cuya orilla creció, la madre y el calor del hogar, de donde falta ya entonces el padre y ha perdido también el amor y la amistad. Todo eso queda solo en el recuerdo y por ello es poeta de las memorias. De ahí la nostalgia que impregna todo el texto, con lo que parece identificarse plenamente Gullón.

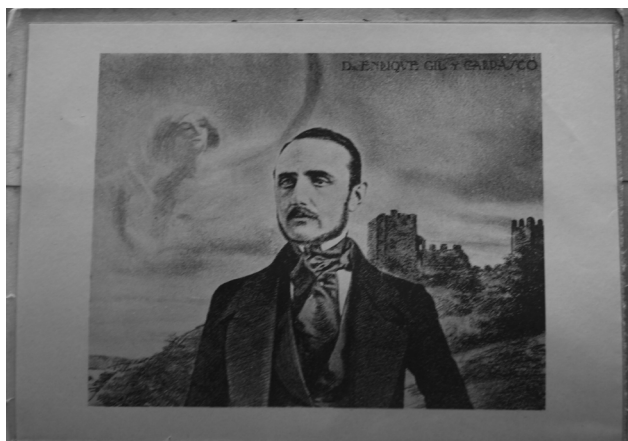
De la labor crítica del berciano, destaca Ricardo Gullón ese juicio seguro y sincero de que hablábamos anteriormente, con criterio, ignorando los resentimientos frecuentes entre escritores. Y acierta una vez más Gullón al valorar por encima de todos sus artículos de crítica el dedicado a la poesía de su amigo Espronceda, en el que no cede a las exigencias comprensibles de la amistad. Esa crítica mesurada, dice Gullón, sin ambiciones, sigue viva, más allá de un interés meramente arqueológico, y permite conocer el perfil moral del autor, también presente en sus artículos de costumbres y sus notas de viajes por España.

Si como poeta se dio a conocer por un poema muchas veces reproducido, “La violeta”, su cumbre creadora la alcanza en *El señor de Bembibre*, la mejor novela histórica española, dice Gullón, apelando al juicio de Menéndez Pelayo; una buena novela, en opinión de nuestro crítico, que resalta su construcción y aliento poético, la prosa fluida, la evocación del amor juvenil perdido, donde se puede ver un rasgo de autenticidad, la anécdota típicamente romántica constituida por la intriga amorosa, la ambientación en el episodio histórico del final del Temple, lo que constituye un acierto, y la localización en su Bierzo amado y conocido. Pero Gullón no deja de apuntar a algunas limitaciones propias de la época, como son esos personajes planos, ausentes de complejidad, desconectados del mundo real, sin embargo sublimes en las figuras de los amantes. Sin embargo, la descripción de los paisajes próximos, la trama que incita a la melancolía y el sentimiento con su historia de amor desventurado, todo eso es de gran belleza y de verdadera altura lírica. Y concluye, siguiendo de cerca la opinión de Lomba y Pedraja, que más que un gran poeta estamos ante un alma estremecida por impulsos líricos.

Se trata de un artículo inicial, decíamos, elaborado a partir de la lectura de la obra del berciano, enriquecida con la opinión de los críticos que hasta ese mo-

mento la habían abordado, a la que aporta el crítico astorgano su visión personal con la frescura de quien no se acoge todavía a un aparato teórico de escuela y con la lucidez que caracterizará su crítica posterior. Pero no es el suyo un análisis intuitivo, sino apoyado en lecturas y conocimientos de larguísimo alcance. Y en esa labor de síntesis deja apuntes de indudable originalidad, como la capacidad de ver en personajes y situaciones una proyección de la propia condición del escritor. En un Gullón de 35 años, sin estudios filológicos, no deja de sorprender su profundo conocimiento de la literatura del siglo XIX, española y europea, así como su dominio del instrumento expresivo y una sensibilidad de verdadero creador. Estamos ante un escritor ya formado y completo, de hallazgos deslumbrantes:

Se ha dicho que la vida es un camino. Harto lo sabe el poeta, y cuando canta en sus versos palpita el son de una tal vez olvidada melodía. Eso es lo importante: que en las palabras perdure el eco de la sabiduría antigua, de ese saber elemental que los poetas se transmiten misteriosamente y que hace que ellos sepan más que el común de los humanos sobre los temas fundamentales de la existencia: la muerte, el amor, los dos manantiales de toda poesía como de toda pasión [1943: 418].



Retrato de Enrique Gil y Carrasco

Y no deja pasar la ocasión para aludir a principios éticos e ideológicos que resultan sorprendentes en la época, apelando, eso sí, a la palabra del propio Gil:

Para nosotros, cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones o revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento.

Aunque atenúa a continuación la tesis de la primacía del sentimiento sobre la razón, un impulso de naturaleza puramente romántica, con el que no comulga a ciegas el astorgano.

El segundo de los artículos de R. Gullón [1946a] sobre Gil y Carrasco aparece en el diario santanderino *Alerta*, tres años después del anterior, bajo el título de “El centenario de Enrique Gil”, con la intención de conmemorar los cien años de la muerte del escritor. Aunque se trata de un artículo periodístico, breve por tanto, tras unas pinceladas biográficas y alusiones a su carácter tierno y soñador, alude a la brevedad de una vida que transcurre en tiempos tan revueltos que, no sin intención, dice de E. Gil, “desde muy niño aprende a conocer la inseguridad, la existencia precaria habitual en países cuya política oscila con pendular agitación de un extremo al otro”. Y sin embargo nada tiene que ver con la exaltación de Espronceda, dice Gullón, y sí con un intimismo que anuncia a Bécquer y Rosalía, conectando así con lo mejor de la poesía contemporánea. Sin embargo sí luce como marca de época el sentimiento del paisaje, que lleva dentro desde su infancia berciana y reaparecerá constantemente en su obra, como también la nostalgia que viene del ensueño y lleva a la soledad y la tristeza.

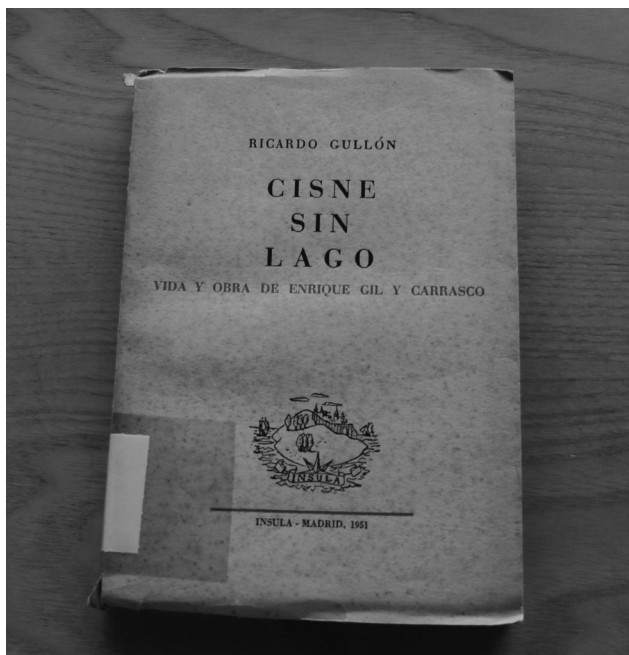
Unos meses después, en el número de junio de la revista *Ínsula* [1946b], publica un nuevo artículo titulado “La vida breve de Enrique Gil”, que alude más a lo biográfico, anticipando así el proyecto que seguramente ya tenía en ciernes, lo que indica que el interés por el escritor berciano seguía vivo. Pero ese foco puesto en lo biográfico no le impide perfilar en breves pinceladas las líneas básicas de su trayectoria literaria: la ensoñación del pasado, la sensibilidad de un alma tierna ante la belleza, la excelencia de su prosa tanto para la creación como para la crítica.

Podría estar ya para entonces entrando más a fondo en la vida y obra de Gil y Carrasco, de modo que no tardará en aparecer *Cisne sin lago* [1951], constituyendo un lugar de referencia obligada en los estudios sobre el escritor villafranquino, ya presente y citado, como es lógico, en las Obras Completas de la BAE, a cargo de Jorge Campos [1954]. De *Cisne sin lago* señala Javier Huerta [2010] sus rasgos esenciales en pocas palabras:

Mucho antes de que la teoría literaria ocupara un lugar importante en su sistema crítico, se dedicó [R. Gullón] a prospecciones históricas tan tradicionales y, al mismo tiempo, tan originales —por la voluntad de estilo que puso en ella— como su biografía de Gil y Carrasco, autor al que sentía cercano a sus propias vivencias, al haberse formado en Astorga.



Y a continuación lo considera un “libro extraordinario”, opinión con la que está plenamente de acuerdo quien les habla.



Primera edición de *Cisne sin lago, vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, de Ricardo Gullón, en 1951.

De *Cisne sin lago* se hicieron nuevas ediciones en *Ínsula* [1956] y Breviarios de la calle del Pez [1989], algo descuidada esta, con el texto de la primera, excepto la dedicatoria “A Juan y Leopoldo Panero y a Luis Alonso Luengo. En memoria de un paraíso perdido” y el verso de Gil y Carrasco de donde procede el título “Cisne sin lago, bardo sin historia”, y la de Edilesa [2007], que suprime la dedicatoria y el verso, pero añade una significativa Presentación de Germán Gullón sobre la biografía y trayectoria crítica del autor. La Nota preliminar, presente en todas las ediciones, sintetiza las líneas generales del libro además de situar al autor en su época. También prescinde la edición de Edilesa del Apéndice con 40 documentos inéditos, procedentes del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, presente en las otras ediciones.

El método de trabajo de Ricardo Gullón parte de la familiaridad con la obra del autor, que ha leído en primeras ediciones [1873 y 1883], la consulta de biografía y crítica anterior, fundamentalmente Eugenio Gil y Carrasco [1855], Lomba y Pedraja [1915], Narciso Alonso Cortés [1915,] Azorín [1917], José María Goy [1924], D. G. Samuels [1939] y Allison Peers [1940], entre otros, a lo que añade una labor metódica de investigación en los libros parroquiales, archivos de los ayuntamientos de Villafranca y Ponferrada, Constituciones del Seminario de Astorga, Archivo del

Ministerio de Asuntos Exteriores, prensa de la época, etc. Labor exhaustiva, en una palabra, aunque se le escapa la página que el astorgano P. Blanco dedica a Enrique Gil en su obra, muchas veces elogiada, *La literatura española en el siglo XIX* [1891].

Situado el escritor en su época, refiere Gullón su infancia (la familia, la vida en Villafranca y Ponferrada, las ternuras paternofiliales, el carácter, los primeros estudios, la percepción del paisaje y el entorno berciano donde contrastaban las grandezas pasadas con el “desvaído presente”, partiendo de “plausibles conjeturas” o de la propia obra más que de datos concretos, que no se conservan) y adolescencia (paso de los agustinos de Ponferrada a los benedictinos de San Andrés, en Vega de Espinareda, y de aquí al seminario de Astorga, de cuya estancia deja el biógrafo páginas llenas de vida y también de imaginación, aunque siempre fieles a la realidad investigada). Por momentos, nos movemos entre la recreación novelesca y la descripción precisa de lo real al evocar en bellísimas páginas lo que pudo ser la ciudad apenas un par de décadas después de la francesada. “Recuerdos, dice Gullón; alimento para el alma de Enrique, nutrida de sueños”. Aproximación intuitiva a falta de datos más precisos, sí, pero de un indudable valor literario. ¿No estará Ricardo Gullón evocando aquí sus también lejanos días de infancia y primera adolescencia en la vieja ciudad? El paisaje de los alrededores, el Teleno al fondo, los barrios, la Eragudina, Fuente Encalada, la muralla, la catedral con el retablo de Becerra, el Ayuntamiento con su pintoresquismo, las iglesias y conventos que le daban esa fisonomía eclesiástica y clerical característica. Páginas más próximas a la creación literaria que a la aridez del ensayo. Podrían multiplicarse los ejemplos:

Campos abiertos, donde la vista se derrama sin hallar freno en árbol, nube o alcor; sólo detenida por el bulto de una montaña lejana. El cielo limpio, de un azul cuyo destello quema la pupila, cubre el espacio pardo que, como un mar de tierras rojizas, ocres, amarillentas, se extiende entre las estribaciones del Teleno y la muralla de la ciudad, a espaldas del Seminario.

Y no solo paisajes. También recrea Gullón la realidad de instantes y personajes conocidos o intuitos:

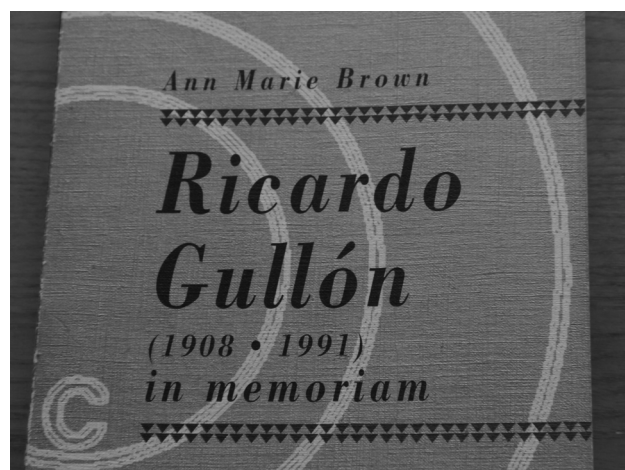
Cuando el profesor permitía estudiar en voz alta, escapaba de la sala un bordoneo, zumbido de frases repetidas hasta grabar en la memoria la letra que se resiste. Al socaire del edificio, un grupo de sacerdotes tal vez pasea, beneficiando la solana: se detienen, discuten un momento las novedades del último correo, y reanudan pausadamente la marcha; quizá cruzaron saludos ce-

remoniosos con dos caballeros enlevitados, solemnes: el señor Juez del partido y el Promotor fiscal que dan una vuelta por lugares abrigados, después de acudir –si es miércoles o sábado– a presenciar el relevo del tiro en la diligencia Galicia-Madrid, que pasa esos días a las dos de la tarde.

¿No estamos ante la recreación viva, bellísima, del entorno que impregnó la pupila del propio Gullón en su adolescencia astorgana? ¿No se está viendo a sí mismo en ese muchacho estudiante en Astorga? ¿No hablamos de lo de dentro cuando nos proponemos hacerlo de lo de fuera? ¿Y no son páginas de una historia novelada todo este capítulo bellísimo, con la lección de las ruinas incluida? Pero siempre a partir, eso sí, de la minuciosa investigación. Por eso lo que hace es crítica ensayística y creación a la vez; donde vemos la naturaleza de la pluma de Gullón en esta fase inicial de su trayectoria. Crítica creativa, que se lee como si se tratara de un texto narrativo de indudable belleza. Esta es la lección, una de las lecciones al menos, de su escritura. ¿Haría falta traer a colación, para probarlo, ese otro texto magnífico, crepuscular en este caso, dedicado a la juventud de Leopoldo Panero? ¿O las páginas destinadas a reflexionar sobre la *novela lírica*, por ejemplo, como hace Darío Villanueva [2010]? Leyendo esto, uno siente la tentación de pensar que a veces el texto del crítico es más claro, bello y sugestivo que el del mismo creador. Y desde luego, el crítico establece una estrecha relación de empatía con el autor, que en algunos pasajes llega a verdadera identificación. En esos años de formación que van modelando el carácter, más dado a la imaginación, el ensueño y la fantasía que al bullicio, Enrique Gil y Ricardo Gullón han tenido quizá unas vivencias muy cercanas. Un mismo paisaje y un clima, un ambiente que no habría cambiado en lo esencial. El alma capta materiales que van formando el sedimento de que se nutrirá luego la obra poética. ¿No le pasó así también al crítico? ¿No nos ha ocurrido a nosotros? Sobre esto intuimos y elaboramos suposiciones, “aparentes rodeos”, dice Gullón, porque sabemos muy poco. Sin embargo el biógrafo se mueve sobre el conocimiento exhaustivo del medio en el que vivió el escritor.

También los estudios de Leyes en Valladolid, como le ocurrió a Gullón, obedecerían a la recomendación paterna más que a la propia vocación. Y aunque son una nebulosa desconocida, debieron de ser años de aprendizaje y contactos, que Gullón recrea apelando a escritos sobre la ciudad de Narciso Alonso Cortés, Theophile Gautier y otros. Un tiempo de percepción, no solo de la ciudad y la vida ciudadana, sino también de lo que iba a ser su vida, la escritura y

la nueva orientación romántica, y la nostalgia del pasado reciente, como la historia de su pasión amorosa, de la que sabemos poco más de lo que trasciende en su obra, o de sus desventuras familiares; reveses de fortuna que le fuerzan a dejar los estudios, primero, y luego a abandonar lo que amaba y marchar a Madrid, momento que recrea Gullón apelando a la obra de Gil –sus versos y “Anochecer en San Antonio de la Florida”– y al testimonio de amigos próximos.



Bibliografía en homenaje a Ricardo Gullón  
por Ann Marie Brown.

Es entonces cuando comienza su otra vida, la literaria, en compañía de ese “mal del siglo” que es la melancolía, amante de la soledad, el misterio, el silencio y las ruinas. No sucumbió a la rebeldía, el satanismo y la desesperación de Byron o Espronceda, pero sí conoció la tristeza, asociada a la mansedumbre de un carácter dócil y bondadoso, fraguado en el cariño de los padres y la nostalgia del amor perdido. De ahí el tono elegíaco de lamentación, dice nuestro crítico, más que de imprecación, que se aprecia en su obra. A veces el libro tiene más de novelesca recreación que de frío análisis, como el viaje a Madrid en los últimos años de Fernando VII. Pero el crítico penetra sutilmente en la psicología del soñador que lucha por la vida en circunstancia hostil a través de su obra. De allí, de la escritura, es de donde puede venirle la salvación. Por eso acude a los círculos de escritores y artistas, pero también a la soledad para encontrar su mundo. Y cuenta con el apoyo de Espronceda en momentos complejos, cuando en medio de la desesperanza ocurre la muerte del padre, que deja a la familia en la necesidad, y llega el primer éxito literario, “La gota de rocío”. La lectura de poemas en el Liceo, alternando con Espronceda, Gil y Zárate o González Bravo, le depara aplausos y publicaciones que Gullón va espigando en la prensa de la época (*El Panorama*, *El Español*, *El Correo Nacional*, el *Se-*

manario *Pintoresco Español*, etc.), consolidando su posición literaria y dejando ver su orientación poética: reminiscencias de la infancia y mocedad, tristeza, añoranza. Y aparecen sus primeros escritos de crítica en *El Correo Nacional*, con una prosa fluida y correcta, y excelente y mesurado criterio. En esto acierta plenamente Gullón, porque hoy se valora cada vez más su producción crítica, sobre todo determinados textos dedicados a poesía y teatro. Y en su juicio, Gullón parece coincidir con las directrices críticas de Gil y Carrasco:

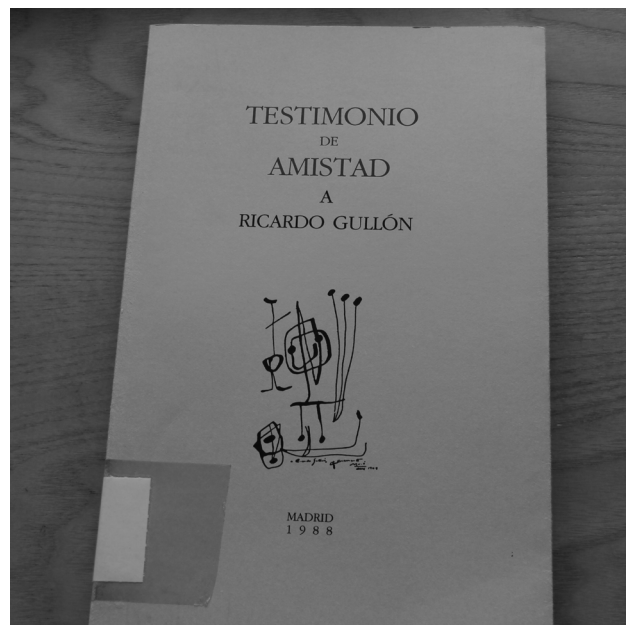
Su gusto era certero y bastan para acreditarlo los ensayos sobre Hoffmann y Shakespeare; enlaza las ideas con rigor lógico, sirviéndolas de vehículo una prosa fluida y sencilla, y atiende a justificar reflexiva y pulcramente sus opiniones. El análisis es su método crítico favorito y lo realiza con sencillez, como si solamente tratara de ordenar para sí el material. Son frecuentes las invocaciones a pareceres autorizados, no con la intención de subordinarles el propio, sino para corroborar las razones en que lo funda. No pretende interpretar; se contenta con entender y sugerir, y la limitación de propósitos da solidez a sus opiniones.

Sus artículos están limpios de adherencias petulantes, de cualquier desagradable ligereza; no son escritos de aficionado ni de ganapán de la pluma, sino de hombre vocado a una tarea.

¿No coincide esto con la propia actitud crítica de Ricardo Gullón? Y no solo actitud; también Gullón era un hombre llamado a una tarea, la gran tarea literaria como crítico, ajeno a las “mezquinas rencillas literarias” y atento a enjuiciar ecuánimemente las obras sometidas a análisis y a mejorar, en la medida de lo posible, el gusto de sus conciudadanos.

Además de su relativamente amplia labor crítica, se detiene Gullón a analizar los artículos de costumbres publicados en el *Semanario Pintoresco Español*, fruto de distintos viajes por León, Asturias y Santander. Así surgen los dedicados a los maragatos, los pasiegos, el castillo de Simancas, el Escorial. Tan grande era su atracción por la naturaleza como por la historia. No caben muchas dudas de que tras la defensa de un Felipe II, valedor de escritores, viajeros, científicos y artistas frente a lo que sembrara la insidiosa *leyenda negra*, está no solo Gil y Carrasco, sino también el crítico astorgano. De este modo, también el crítico, como el escritor, vindica a España frente a las acusaciones de intolerancia, fanatismo y crueldad. No se le escapa a Gullón el hecho de que Gil ceda a la moda del costumbrismo, pero lejos del pintoresquismo de viajeros y escritores costumbristas, profundiza en textos de carácter muy distinto, como el *Bosquejo*

de un viaje a una provincia del interior, que publicó en *El Sol*, dedicado al Bierzo, Astorga y León.



*Testimonio de Amistad a Ricardo Gullón*, Madrid 1988.

Al Bierzo se había retirado en el otoño de 1839 para curarse en la casa materna de su mal, y el verano siguiente se llevó a Madrid el texto de *El lago de Carucedo*, “ensayo novelesco” mejor por el culto al paisaje que por el relato en sí. Pero en él se adivinaba el “preludio a la gran sinfonía del campo berciano”, dice Gullón, que sería luego *El señor de Bembibre*. Y al analizar los elementos constitutivos de ambos relatos, acude a una metodología formalista que recuerda a Vladimir Propp, entonces desconocido aún en Occidente:

una pareja de enamorados en cuyo camino se atraviesa el noble sin escrúpulos, partida en guerra del amante y falsa noticia de su muerte que impulsa a la doncella a realizar un acto —aquí, profesión religiosa, allí, matrimonio— que les separará definitivamente, posterior reencuentro de ambos e intervención de un buen clérigo protector del protagonista.

En Madrid frecuentará Gil los círculos y la amistad de Espronceda, y Gullón traza un sugestivo retrato de las diferencias de carácter y la forma de entender el hecho literario; pasional y rebelde Espronceda, apacible y melancólico Gil, lo que es imprecación e impulso en uno se convierte en queja y nostalgia en el otro. La ira frente al lamento; el arrebató frente a la resignación.



En los vaivenes políticos del momento le llega a Gil la recompensa de un puesto en la Biblioteca Nacional, lo que le permite cubrir las necesidades propias y atender a las familiares, estudiar inglés e iniciar, entre libros, la redacción de *El señor de Bem-bibre*. Mientras tanto, escribía también artículos de crítica literaria para la prensa, destacando Gullón los dedicados a los *Romances históricos* del duque de Rivas, a quien ve como el restaurador de las tradiciones líricas nacionales frente al influjo del clasicismo francés. Romántico moderado, busca en la crítica ser justo y dar cuenta de sus preferencias.

El verano del 41 lo pasa en el Bierzo, cuidado por su madre, y es posible que dedicara tiempo a la novela, quizá ya bastante avanzada en las horas que le dejaba la Biblioteca, y Gullón nos lo presenta entregado a una labor coincidente con su estado anímico, “creando personajes, en cuyo espíritu vibraba la misma delgada llama que a él le sostenía”, dice, atisbando el misterioso proceso creador. Un Gil imaginando las fuentes del monasterio de San Andrés, en Vega de Espinareda, los vencejos sobre el castillo de Ponferrada, los soñados paisajes del Bierzo, la amada adolescente rediviva en Beatriz. “Un pequeño esfuerzo de la imaginación y el mundo soñado se alzaba en la sombra de su estancia como una inverosímil y resplandeciente maravilla”, apunta nuestro crítico.

Y entretanto, silencio de casi dos años –desde noviembre del 41– en sus escritos de prensa, un tiempo que quizá empleara en la novela. Son las “horas grises”, dice Gullón, de arduo trabajo solo interrumpido para dar a la luz dos textos magníficos, la “Elegía a la muerte de Espronceda”, fallecido la noche del 22 de mayo de 1842, y el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*.

De noviembre del 43 a abril del 44 se extienden sus reseñas teatrales para *El Laberinto*, que Gullón analiza, por una vez superficialmente, anotando algunas reflexiones de calado sobre su concepción del teatro, alejado del gusto romántico y más próximo al clasicismo en el respeto de las unidades de lugar, acción y tiempo, que es lo que terminaría imponiéndose.

Y del último tramo del camino, el viaje a Berlín, a donde iba como Secretario de Legación ante el rey Federico Guillermo IV, nos queda ese escrito escasamente conocido que es el *Diario*, para Gullón una pieza de gran interés, aunque falto de pulimento, como corresponde a los apuntes provisionales hechos sobre la marcha, que para la publicación aún deben ser trabajados a fondo. Y en el *Diario* destaca Gullón, como hiciera antes Azorín, el Gil que refleja admirablemente la visión de la naturaleza. “Estaba, literalmente, viendo paisajes como pocos sabían entonces verlos. Al escribir es muy exacto, mas aun así, se

apropia del espectáculo, lo reinventa y describiéndolo lo descubre”, escribe Gullón. Y a continuación penetra sutilmente en el desasosiego de Gil ante la grandeza de ese rincón espléndido que es la confluencia del Mosela y el Rhin en Coblenza, indaga en el texto y vuelve con hallazgos perturbadores:

¿Sería pasión secreta, mal de amores sólo manifiesto en suspiros, en alusiones? No podemos asegurarlo. Ni antes ni después de su adolescente aventura, de aquel lejano sueño celosamente guardado y transfigurado en la memoria (que por su propensión a vivir desde el ayer no se había fundido en la masa de acontecimientos que constituyen lo pasado y van retrocediendo hasta la trasconciencia, donde gravitan sobre la conducta y los deseos), encontramos rastros de otros amores.

¿Se puede ir más lejos y más hondo en la penetración psicológica del autor, es decir, del texto? Y al socaire del viaje del berciano, aún nos deja Gullón pinceladas magistrales, como ocurre cuando relaciona la alta cuna de Goethe y la mísera de Beethoven con sus respectivos modos de entender el arte: “Por eso Goethe trasmuta en poesía la realidad circundante, mientras Beethoven, en las horas mejores, busca en los sueños materia para la música”. Qué bella, qué honda y qué sencilla es siempre la palabra de Gullón.

Lo que hace Ricardo Gullón en *Cisne sin lago* es una biografía a veces tan minuciosa como el capítulo final, donde se detallan los avances de Gil de cara a establecer las relaciones diplomáticas entre Alemania y España, misión para la que había sido enviado a Berlín por el Gabinete de González Bravo. Biografía rigurosamente documentada, en algún momento dada a la especulación imaginativa, es verdad, pero siempre asentada sobre la investigación y el conocimiento de los datos que se poseen y de lo que hay alrededor. Y en la biografía va dejando también el análisis de la obra, dedicando más espacio a la poesía, menos a la crítica y casi nada a los artículos costumbristas, que quizá margina con no desencaminado criterio, a nuestro parecer. A la obra cumbre del berciano, *El señor de Bem-bibre*, consagra estratégicamente el penúltimo capítulo, porque se publicó en el otoño del 44, ya durante su ausencia de España. Quizá por tratarse de un trabajo inicial, no apela Gullón a métodos de análisis que luego empleará con más nitidez, y realiza una crítica intuitiva, asistemática, muy personal, y por ello quizá más fresca y auténtica. Pero no se extiende demasiado en el análisis. Para Gullón se trata de una obra que brota de lo más íntimo de Gil, con la que se identifica, para la que estaba predestinado. Una pasión contrariada, sobre el fondo de la ruina del Temple, localizada en el

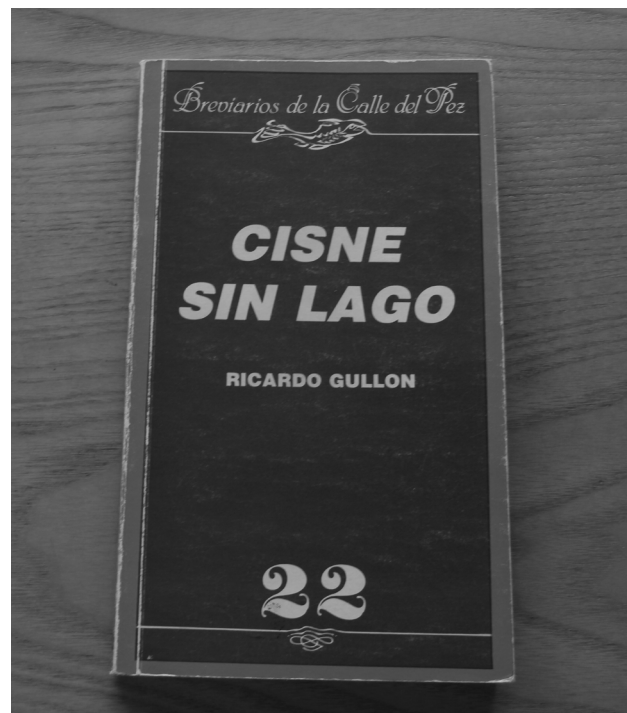
Bierzo, narrada a partir de una división idealista del mundo en buenos y malos, sin concesiones al humor, simplista; como el carácter de los personajes, carentes de profundidad, lo que no da para mayores análisis. Se le escapa quizá a R. Gullón haber penetrado un poco más en el personaje de Beatriz, epicentro de la novela. ¿No será la heroína reflejo de aquella “virgen del valle” de su adolescencia (como ha sugerido el propio Gullón en otro pasaje)? No pasa por alto la importancia del paisaje berciano, que le era tan querido, pero no parece dedicar demasiada importancia al estudio de Azorín, aunque lo conoce. Porque Gullón, y esta es una de sus características, quiere enfrentarse a la obra desde su mirada, su lectura personal, su particular visión, prescindiendo de citas y referencias anteriores, por lo menos en su formulación externa. Porque conocía todo lo escrito antes sobre Gil y Carrasco. Todo menos esa página citada del P. Blanco que, por otro lado, tampoco habla de *El señor de Bemibre*, sino de su poesía. Y curiosamente Gullón, que nos ha dejado en el análisis de la novela lírica uno de sus momentos magistrales, condena los pasajes de prosa líricamente recargada, considerándolos “páginas inútiles”.

Anticipa aquí otro de los aspectos significativos de su crítica al apuntar a un asunto capital, la relación entre invención y realidad: la novela es una realidad inventada, imaginativamente vivida en un entorno real, todavía visible en los valles y las ruinas del Bierzo. Lo que haría el relato un poco más verosímil, quizá quiso decir. Por eso destila verdad, que es lo que debe pedirse al arte. Y eso es posible porque lo esencial es el relato de una pasión, si bien no demasiado desarrollado en lo psicológico, y no tanto de los acontecimientos externos. Quizá esto se le escapó en parte a Gullón, que cifra la pervivencia de la obra precisamente en aquello que parece perfectible, el dinamismo interno, el rigor de la trama y la importancia del aspecto histórico. A lo mejor tenía presentes las palabras que al respecto escribiera el barón de Humboldt al propio Gil,

Después, le expliqué al Rey cuán ingeniosa era la composición de vuestra novelita, cómo las desgracias de los Templarios le da un carácter más grave, y he citado las encantadoras descripciones del paisaje... Yo he leído íntegramente la novela. Es una obra muy hermosa.

El mayor acierto de nuestro crítico está a mi juicio en el hecho de conectar lo narrado con lo interiormente vivido por el propio Gil. Una historia triste de amor donde el autor podía volcar su natural melancólico, su pasión por el paisaje, su tendencia al idealismo y a la ensoñación, y así identificar su caso con el de las criaturas novelescas. De ese modo incorpora a la no-

vela sus experiencias vitales; y no solo la enfermedad de Beatriz, que era la suya. Como su temprano final. Y una vez analizado el texto, el dictamen debe ser claro; “y por eso es acertada la tradicional valoración de aquella como la mejor novela española del género”, dice, comparándola con el *Sancho Saldaña* de Espronceda y *El doncel de Don Enrique el Doliente* de Larra.



Ejemplar de *Cisne sin lago* editado en 1989 por la Diputación de León.

Para concluir, conviene anotar que en Gil y Carrasco encuentra Gullón no solo un motivo para ejercer su capacidad lectora y crítica, sino algo más, que no sé si luego encontró con igual intensidad en otros motivos de su estudio. Un referente próximo en lo espiritual y en lo circundante, en lo humano y en la escritura. Es casi paisano, muestra unos rasgos de carácter con los que el propio crítico parece identificarse en muchos momentos, y es ante todo un poeta y un novelista a quien admira sinceramente. Quizá por eso en *Cisne sin lago*, texto fundamental, hay más biografía sentida que fría crítica literaria. Cómo no iba a sentirse cercano a Gil cuando escribe,

El pobre cuerpo, quebrantado por la tisis, se desmoronaba entre las cuatro paredes de la alcoba berlinesa, pero el espíritu volaba por las tierras leonesas, llorando la ausencia de cuanto amara y soñando el paraíso como retorno a la dulzura familiar.



Y añade Gullón, reflexionando poéticamente,

Cara a la muerte, en ese instante en que el hombre se siente fuera de la vida y puede recordarla íntegramente, con objetividad dolorosa, como si se tratara de algo ajeno a él, de alguna cosa que fue muy querida, pero parece ya remota y en cierto sentido indiferente, experimentaría el temor, tan humano, de que al perderla, al perder esa vida misma, no quedara en el mundo nada suyo, ni aun –apenas– memoria.

Pero aleja más adelante el temor, al reconocer que permanece su nombre “entre los más claros de su generación” y advertir su presencia en Bécquer y Rosalía de Castro, perviviendo así en la mejor poesía posterior. Para terminar, confieso que al leerlos he sentido muy cerca tanto a Enrique Gil como a Ricardo Gullón, porque además de grandes por sus escritos lo fueron sobre todo como personas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLISON PEERS, E. (1940): *A history of the romantic movement in Spain*, Cambridge.  
–(1946): Enrique Gil y Walter Scott, *Ínsula*, nº 6 (15 de junio).
- ALONSO CORTÉS, Narciso (1915): Un centenario, en *Viejo y nuevo*, Valladolid.
- AZORÍN (1917): *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid. [R. Gullón maneja la edición de Espasa-Calpe de 1943].
- BLANCO GARCÍA, P. (1891): *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, tomo I, pp. 174-175.
- BROWN, Ann Marie (1992): *Ricardo Gullón (1908-1991) In Memoriam*, UNED de Melilla, Granada.
- CAMPOAMOR, Antonio (1988): *Bibliografía de Ricardo Gullón, en Testimonio de amistad a Ricardo Gullón*, Taller de Artes Gráficas de Fernández Ciudad, Madrid.
- GIL Y CARRASCO, Enrique (1873): *Poesías líricas*, Medina y Navarro, Madrid.  
–(1883): *Obras en prosa*, 2 vol., Madrid. Viuda e hijo de Aguado.  
–(1954): *Obras Completas*, edición de Jorge Campos, BAE, Madrid.
- GIL Y CARRASCO, Eugenio (1855): *Un ensueño. Biografía*, Imprenta Viuda e hijos de Miñón, León.
- GOY, José María (1924): Enrique Gil y Carrasco. Su vida y sus escritos. *El Pensamiento Astorgano*.

Astorga, 72 pp. Separata del *Diario de León* publicada en 1924 y reproducida en Folletín por el *Diario de León*, del 2 de diciembre de 1944 al 9 de enero de 1945.

- GULLÓN, Ricardo (1943): El poeta de las memorias, *Escorial*, núm. 29, (marzo), 415-431.  
–(1946a): El centenario de Enrique Gil, *Alerta*, 28 de febrero.  
–(1946b): La vida breve de Enrique Gil, *Ínsula*, núm. 6, (15 de junio).  
–(1951): *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, Madrid, Ínsula, 266 pp.  
–Madrid, Ínsula, 1956.  
–León, Breviarios de la calle del Pez, 1989.  
–León, Edilesa, 2007.
- HUERTA CALVO, J. y PERAL VEGA, E. (2010): Ricardo Gullón: esbozo de una bibliografía crítica, en *Ricardo Gullón: crítica literaria y modernidad en la España del siglo XX*, ed. de Javier Huerta Calvo, Madrid, Ediciones del Orto.
- LOMBA Y PEDRAJA, José R. (1915): Enrique Gil y Carrasco. Su vida y obra literaria, *Revista de Filología Española*, Madrid.
- SAMUELS, D. G. (1939): *Enrique Gil y Carrasco. A study in spanish Romanticism*, Nueva York, Instituto de las Españas.
- VILLANUEVA, Darío (2010): Teoría y crítica en la obra de Ricardo Gullón, en Huerta Calvo, 2010.

Ponencia leída en el Congreso Internacional “Ricardo Gullón, crítico literario”.

Astorga 17 y 18 agosto de 2017